

La Nueva Clase Media Latinoamericana

*Colaboración especial por Víctor ALBA
para el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.*

QUE América Latina se encuentra en un grado de desarrollo distinto, más avanzado que los países del Cercano o del Lejano Oriente, del Magreb o del Africa Negra, es cosa sabida. Pero sería interesante analizar si el desarrollo latinoamericano y especialmente el tipo de desequilibrio que en él se observa ha seguido un patrón que probablemente sigan las demás regiones insuficientemente desarrolladas o si, por el contrario, es producto de una serie de causas y circunstancias peculiares, exclusivas de América Latina. Es decir, ver si existe un estilo latinoamericano de desarrollo.

Para este análisis, que parece requisito preliminar indispensable de cualquier estudio de conjunto del desarrollo latinoamericano, de sus problemas y de las posibles soluciones, es indispensable destacar, ante todo, los efectos que sobre la realidad latinoamericana tienen la aparición de nuevas fuerzas sociales y sus manifestaciones políticas. Sólo así será posible comprender la actitud que respecto a los problemas del desarrollo adoptan los economistas y los teorizantes de los grupos sociales latinoamericanos.

DOS TRADICIONES. Ante todo, conviene destacar que en América Latina existen dos tradiciones de poderosa influencia en la vida económica:

a) La existencia de una oligarquía terrateniente que durante todo el siglo XIX y parte del XX ha sido la única opinión pública influyente

en el poder y en las decisiones económicas. Esta oligarquía se desinteresaba por completo de la vida del país, muchas veces era ausentista y gobernada por procuración, a través de partidos políticos personalistas y, cuando éstos se hallaban en peligro, al través de militares. El viejo militar de cuartel, de tipo caudillista, es la representación más popular del gobierno de la oligarquía. La oligarquía conserva todavía cierta influencia en los países donde las clases sumergidas (campesinado indígena, artesanado en vías de proletarización, clase media miserable) son numerosas. Ha perdido gran parte de su peso allí donde nuevas clases (clase media, proletariado industrial) están en ascenso. Pero, en casi todo el continente, hay que tener siempre en cuenta su posible poder paralizador de medidas reformadoras.

b) La existencia de una larga historia de paternalismo estatal. Allí donde existían estados indios, antes de la llegada de los españoles, eran estados teocráticos o guerreros, en los cuales el paternalismo aristocrático era sistemático. La colonia, con sus leyes de protección de indios, su monopolio del comercio, su control de la inmigración desde la metrópoli, fue un régimen de dirigismo paternalista. El intervencionismo del Estado disminuyó con la Independencia y durante todo el siglo XIX, aunque los caudillos mantuvieron la actitud paternalista del Estado manifestada en la generalización del proteccionismo (en una época en que el Estado obtenía la mayor parte de sus rentas de los impuestos aduanales) y en el hecho de que no se prepararan presupuestos hasta muy entrado el siglo XIX. Esta tradición de contar siempre con el Estado, de considerar al Estado responsable del bienestar económico, si no de la nación, por lo menos de los grupos sociales que podían presionar sobre él, de suponerle encargado de proteger y aupar los intereses de tales grupos, continúa viva hoy en día. Las nuevas clases que surgen frente a la oligarquía y las clases sumergidas que van saliendo a flote en la vida pública han aprendido por lo menos una lección de la oligarquía del siglo pasado: el Estado debe protegerlas.

MITOS Y PANACEAS. Las ideologías y las doctrinas llegan a América Latina con facilidad. Después de la influencia cultural ibérica, la de los enciclopedistas, luego la de los positivistas (todavía en el Brasil se encuentran templos positivistas), luego la marxista y ahora la influencia de Keynes. Pero estas importaciones ideológicas corren la misma suerte que los inmigrantes: al cabo de unos años se naturalizan. El positivismo latinoamericano tiene muy poco que ver con el de Comte, y los economistas keynesianos parecen más bien el injerto de Keynes en un tronco

marxista que a su vez podría ser el producto de un injerto de marxismo en un tronco positivista y así hasta el infinito. Esta naturalización de las ideas y las doctrinas, pues, tiene un fuerte sabor a sincretismo, tanto que donde se ve más claramente es en la religión, pero no sólo en ella.

Esta naturalización se efectúa en un ambiente intelectual en el que, hasta hace unas décadas, los hechos tenían menos importancia que los deseos. De ahí que surgieran y persistan una serie de mitos aceptados por la generalidad y que sólo ahora comienzan a ponerse en tela de juicio. He aquí algunos de estos mitos:

“América Latina tiene una gran riqueza potencial.” (A México lo llamaron incluso el cuerno de la abundancia, por la forma del país en el mapa.)

“Las zonas tropicales ofrecen posibilidades infinitas de desarrollo.”

“El aumento de la población es un motivo de orgullo y resulta benéfica para la economía.”

“La educación —y en especial la adquisición de las primeras letras— es indispensable para el progreso.”

“Hay que dar la tierra, a quien la trabaja, para que aumente la productividad agrícola.”

“Los problemas se resuelven con leyes.”

“Para solucionar un problema individual o de grupo hay que acudir ante todo al Estado.”

Estos mitos —lo son, puesto que cada uno de ellos podría desmentirse con cifras o hechos históricos repetidos—, han adquirido categoría de axiomas. Muy pocos se arriesgan a ponerlos en duda, y en la masa de la opinión siguen siendo aceptados como verdades incuestionables.

Estos mitos generan, de vez en cuando, extrañas supersticiones colectivas, revestidas de un ropaje científico (casi diría dogmático) por los economistas y los políticos del momento. Son las panaceas. En América Latina siempre hay una panacea disponible. Hoy es la industrialización y parece que dentro de poco será la reforma agraria (además de las de México y Bolivia, hay reformas agrarias en proyecto o en estudio en Cuba, Ecuador, Venezuela, Colombia, Chile, Guatemala, y hasta en Nicaragua). Antes de la industrialización, fueron las inversiones extranjeras. Antes todavía, el proteccionismo. Y antes, con la Independencia, la desaparición de los monopolios y estancos de la Corona Española. En algunos países, podría ser muy bien la estabilización monetaria. En otros, la nacionalización de las industrias. La panacea de turno

ocupa el lugar de las soluciones integrales; es, en cierto modo, una solución integral, pero aplicada mediante un instrumento único y en un solo terreno, con la esperanza —no siempre infundada— de que transformando un aspecto de la vida nacional se transformen los otros, de rebote. La transformación viene, en efecto, pero no forzosamente en la dirección deseada.

DOS FACTORES INCONFESABLES. Dos elementos importantes del desarrollo de América Latina (o de la mayoría de sus países, por lo menos) suelen soslayarse casi siempre.

Uno es el papel que la corrupción desempeña, sobre todo en nuestros días, como factor de acumulación primitiva del capital. En países en donde el ahorro es microscópico y las inversiones nacionales insignificantes, la corrupción en gran escala (el cohecho de los gobernantes y la participación de éstos en nuevas empresas) constituye un elemento de importancia para la creación de empresas. Del mismo modo que el imperialismo, en América Latina, no es, según la fórmula de Lenin, la etapa última o superior del capitalismo, sino, según la fórmula de Haya de la Torre, la etapa inicial del capitalismo, la corrupción en gran escala no es un factor de descomposición económica, sino de estructuración y hasta, en cierto modo, de planeación económica, cuando los gobernantes invierten el fruto de la corrupción en el propio país.

Otro factor del que no se habla —y no por pudor, como del anterior, sino porque su existencia parece tan natural que nadie le da valor económico— es el hecho de que la población urbana, que en las últimas décadas se ha multiplicado por tres y hasta por cinco, sigue estando muy cercana al campo, continúa teniendo sus raíces en el campo. Esta proximidad de la urbe y el campo (a pesar de que las diferencias materiales en comodidades entre una y otra son mucho mayores que en los países desarrollados) explica ciertos aspectos de la economía latinoamericana acerca de los cuales no se habla nunca. Por ejemplo, explica la inestabilidad de la mano de obra y, por tanto, su falta de especialización, a la vez que la aptitud excepcional del trabajador latinoamericano para adaptarse a cualquier oficio. Explica, también, la existencia de un movimiento sindical personalista (y hasta la persistencia del personalismo en la vida política) a menudo corrompido. Explica, por otra parte, el parasitismo de las grandes ciudades (cuya proporción de población económicamente activa es muy reducida) por la facilidad del campesino latinoamericano, habituado a un nivel de vida bajísimo, a adaptarse a las situaciones más inesperadas y a sobrevivir en condiciones

inverosímiles. Finalmente, explica que las crisis económicas, el desempleo, etc., tengan repercusiones menos graves en América Latina, por la facilidad con que el obrero sin trabajo puede regresar a su pueblo y sobrevivir en él, casi sin esfuerzo, y por la tranquilidad con que el pequeño industrial, el comerciante y hasta el industrial mediano ven la suerte de sus empresas, porque saben que tienen un retiro seguro en el campo, donde poseen bienes de familia o donde han invertido los primeros beneficios obtenidos en la ciudad.

LA IMPACIENCIA DE LOS PACIENTES. Aunque la lista de los rasgos que dan al desarrollo de América Latina un carácter peculiar que le quita ejemplaridad podría alargarse todavía, con uno más que citemos tendremos una idea bastante clara de las diferencias, no de grado sino de calidad que encontramos entre América Latina y otras regiones insuficientemente desarrolladas.

Se trata del ritmo de las decisiones. Si bien es imposible generalizar, creo que cabe afirmar que, por lo común, los problemas latinoamericanos pasan por cuatro fases sucesivas:

1ª *Inexistencia subjetiva del problema.*—Este existe, pero nadie se percata de él; nadie toma en serio a los pocos que lo estudian o lo señalan.

2ª *Propuestas utópicas.*—De repente, el problema adquiere realidad subjetiva. Se comienza a describirlo. Se proponen soluciones que son siempre radicales, tajantes, totales, y cuyo carácter utópico no niegan siquiera los que las propugnan.

3ª *La utopía se convierte en ley.*—Las soluciones, edulcoradas, son aceptadas por quienes las defendían y hasta por quienes se oponían a ellas. El problema se siente como tan apremiante que la utopía pasa a ser posible. Y, según la tradición española, la solución consiste en una ley o en un texto constitucional.

4ª *La reforma de la reforma.*—La ley no se aplica o se aplica con excesiva rigidez. O bien la ley hace surgir nuevos aspectos insospechados del problema. Entonces viene, no la contrarreforma, sino la reforma de la reforma: la adaptación de los principios a la realidad para cambiar ésta.

Actualmente, la mayoría de los problemas latinoamericanos tradicionales se encuentra en la tercera fase. Los nuevos problemas propios de la industrialización están en la primera o, en el mejor de los casos,

en la segunda fase. Creo que únicamente el problema agrario mexicano ha llegado a la cuarta fase.

Es muy posible que en un futuro no lejano se agregue una quinta fase: la continentalización de los problemas: es decir, su planteamiento no en el plano nacional, sino en el latinoamericano, tanto para su estudio como para la busca y aplicación de posibles soluciones. Más, todavía, es posible que la continentalización sea una nueva panacea dentro de unos años, si persisten las actuales tendencias políticas y económicas.

Los latinoamericanos, con todo su temperamento tropical —cuando lo tienen—, son gente paciente. Tal vez esta misma paciencia, aprendida durante siglos, explique la impaciencia que manifiestan cuando un problema llega a la tercera fase. De la utopía a la ley puede haber un largo lapso. Pero, en cuanto se generaliza la convicción de que la utopía es legible, entonces la impaciencia no admite aplazamientos. Del mismo modo que una calle puede estar desempedrada durante décadas y de repente sus vecinos comienzan a protestar y luego en unas semanas se asfalta, se le plantan árboles y faroles y hasta flores y surtidores, cuando un problema —incluso si es individual y muy privado— llega a la tercera fase, el latinoamericano quiere que la acción sea inmediata. Esto es un factor económico y político importante.

LA NUEVA CLASE MEDIA. En 1950, la Unión Panamericana publicó seis tomos de *Materiales para el estudio de la clase media en América Latina*.¹ Si un organismo entonces tan poco adicto a las iniciativas audaces se decidió a emprender esta publicación, es que en la realidad latinoamericana había cambios muy profundos que no podían ignorarse ya. Estos cambios se han acentuado más en la última década.

Hasta después de la primera guerra mundial, la sociedad latinoamericana estaba fuertemente polarizada: las clases sumergidas, por una parte, y por la otra, las oligárquicas; entre ambas, una delgada capa de

¹ *Materiales para el estudio de la clase media en América Latina*. Edición y recopilación de Theo R. Crevena. Departamento de Asuntos Culturales. Unión Panamericana. Washington, 1950-1951. 6 tomos mimeografiados.

Se ha utilizado también para este estudio: *Political change in Latin America. The emergence of the middle sectors*, de John J. Johnson. Stanford University Press. Stanford, 1959. X+272 pp. "The Mexican Economy. State action and private initiative" de Víctor Alba, en *The World Today*. Royal Institute of International Affairs. Noviembre de 1959.

Víctor Raúl Haya de la Torre fue de los primeros que, en casi todas sus obras, puso de relieve el papel de la clase media en Latinoamérica.

profesionales (médicos, abogados, maestros, intelectuales, bajo clero, burócratas, pequeños comerciantes). Pero, a partir de 1919, cuando en Europa se iniciaba la proletarización de la clase media, empezó a surgir en Latinoamérica una clase media nueva, ya no profesional (aunque englobó a ésta), sino dependiente de los progresos económicos. Esta nueva clase se compone, esencialmente, de industriales, comerciantes, técnicos (sobre todo en los últimos años), una burocracia más tecnificada que antaño, dirigentes de empresas importantes (*managers*).

La condición económica de esta clase media (que podríamos llamar superior) mejora. Ocupa un lugar cada vez más próximo al de las oligarquías, a medida que la influencia de éstas disminuye. A su lado, se desarrolla y aumenta en volumen numérico la clase media tradicional (que podríamos llamar inferior), cuya situación mejora también, y en la que van entrando obreros especializados, artesanos convertidos en semitécnicos, propietarios agrícolas, comerciantes e industriales de pequeñas ciudades de provincia... La clase media superior ejerce una considerable influencia política y, en cierto modo, la clase media inferior le sirve de masa de maniobras y de choque. Según Johnson,² estas dos clases medias forman, hoy, el 35% de la población de Argentina, el 30% de la de Uruguay y Chile, el 15% de la de México y Brasil.

A diferencia de lo que ocurrió a la sazón en Europa, la clase media latinoamericana no iba a remolque de otras fuerzas (proletariado, movimientos fascistas), sino que tomaba la iniciativa política y ejercía una presión económica creciente. La serie de movimientos que podemos llamar "nacionalistas revolucionarios" y que en 1944-45 ocuparon el poder, para perderlo, en general, después de 1948 y volverlo a tomar en 1955-59 son el resultado de este surgimiento de la clase media: Acción Democrática de Venezuela, Liberación Nacional de Costa Rica, Apra de Perú, Auténticos y Ortodoxos de Cuba, radicales de Argentina, M.N.R. de Bolivia, P.R.I. de México (que está en el poder desde 1917, bajo distintos nombres), colorados de Uruguay, radicales de Chile. Ultimamente, un nuevo movimiento, el socialcristiano, ha atraído a una parte no despreciable de esta clase media, especialmente en Chile y Venezuela. En otros países, como Colombia, la clase media sigue detrás de uno de los partidos oligárquicos (el liberal) y en otros, como Guatemala, forma partidos de carácter revolucionario. En muchos lugares hay una alianza tácita entre estos movimientos y la clase obrera, y elementos de los primeros dirigen los sindicatos, en competencia con

² *Opus cit.*, p. 2.

los comunistas. La inexperiencia política de esta clase media —sobre todo en países donde ha habido dictaduras— ayuda a explicar fenómenos como el de Guatemala bajo Arbenz y el de Cuba bajo Castro.

La evolución económica, política, social, cultural de Iberoamérica está siendo fuertemente orientada por esta clase media y sin duda lo estará más todavía en el futuro. Lo que forma precisamente su aglutinante, más que la condición económica (bastante diversa en su seno), es su unidad cultural y hasta, en términos latos, su unidad ideológica.

RASGOS ESENCIALES. Esta clase media podría caracterizarse por los siguientes rasgos:

a) Es esencialmente urbana, aunque en México, por ejemplo, comienza ya a desarrollarse una clase media agrícola.

b) Confía ciegamente en la industrialización como medio de resolver los problemas nacionales y de establecer su propio dominio sobre la vida nacional.

c) Aunque es partidaria de la educación pública general, insiste cada vez más, en la práctica, en desarrollar los medios de alta cultura y de educación profesional con preferencia a los de educación elemental.

d) Es nacionalista. A menudo, este nacionalismo adopta la forma de antinorteamericanismo, y muchas veces la de proteccionismo económico.

e) Acepta, no sólo la existencia de los sindicatos y de la legislación social, sino el carácter benéfico de unos y otra para el desarrollo del país.

f) Es partidaria, en general, de la reforma agraria, que habría de dar nuevos mercados interiores a la industria.

g) Mira con mayor favor las inversiones internacionales de carácter público que las de tipo privado hacia las que muestra una sistemática desconfianza.

h) No se opone a las nacionalizaciones o estatizaciones de grandes industrias, fuentes de productos minerales o servicios públicos.

i) Es partidaria, en general, de la intervención estatal —que por lo común, la favorece— y vería con gusto que acentuara su carácter dirigista.

j) Como corolario de lo anterior, la clase media es firmemente partidaria de las inversiones estatales para la industrialización.

k) Siente desconfianza por el ejército —del que siempre teme golpes militares—, pero elementos de la clase media forman parte de las

nuevas generaciones de militares (militares técnicos, alejados de la política).

l) Muestra un profundo interés por los métodos soviéticos de desarrollo, interés que a veces se manifiesta en cierta simpatía, o cuando menos receptividad, por la propaganda comunista, sobre todo en cuestiones internacionales.

m) En los últimos tiempos, se desarrolla en la clase media un fuerte sentimiento “continentalista”, que la impulsa a defender medidas como los proyectos de mercado común, Banco Interamericano de Desarrollo, y que en el futuro próximo probablemente la llevará a ser partidaria de una reforma agraria continental, coordinada para toda Iberoamérica, y acaso de un ejército técnico continental y del desarme nacional.

n) Políticamente, la clase media es democrática, liberal, en gran parte católica —lo cual tiene un sentido político claro y ya no forzosamente conservador— y socializante.